

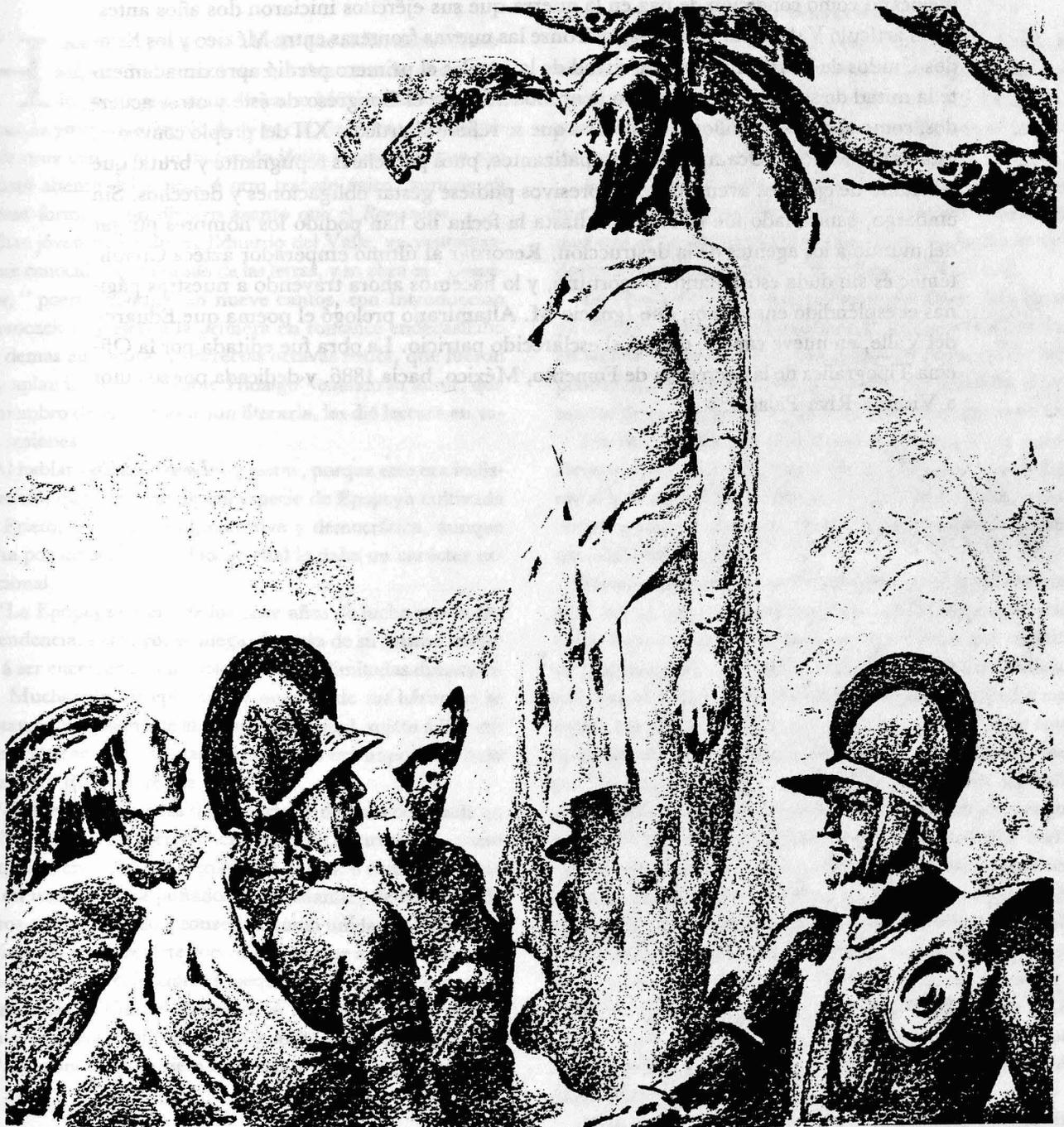
Separata

Universidad de México

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Número 449, volumen XLIII, junio 1988

Prólogo a Cuauhtémoc



Presentación

Ciento cuarenta años hace que firmose en Guadalupe-Hidalgo, a las 6 de la tarde del 2 de febrero de 1848, el *Tratado* que impuso militarmente el gobierno estadounidense al mexicano como condición de paz en la guerra que sus ejércitos iniciaron dos años antes. En el artículo V de dicho *Tratado* señaláronse las nuevas fronteras entre México y los Estados Unidos de Norteamérica, por virtud de las cuales el primero perdió aproximadamente la mitad de su territorio; y contra la aprobación por el Congreso de éste y otros acuerdos, como el de los 15 millones de pesos a que se refiere el artículo XII del propio convenio, estuvieron Melchor Ocampo y sus simpatizantes, pues parecían repugnante y brutal que el triunfo de ejércitos aventureros y opresivos pudiese gestar obligaciones y derechos. Sin embargo, sancionado fue el *Tratado* y hasta la fecha no han podido los hombres purgar del mundo a los agentes de la destrucción. Recordar al último emperador azteca Cuauhtémoc es sin duda estimulante y oportuno, y lo hacemos ahora trayendo a nuestras páginas el espléndido ensayo con que Ignacio M. Altamirano prologó el poema que Eduardo del Valle, en nueve cantos, dedicó al esclarecido patricio. La obra fue editada por la Oficina Tipográfica de la Secretaría de Fomento, México, hacia 1886, y dedicada por su autor a Vicente Riva Palacio. ♦

La Redacción

PRÓLOGO A CUAUHTÉMOC

Por Ignacio Manuel Altamirano

A Vicente Riva Palacio

Hace poco, me atreví á decir que el *Romancero Nacional*, de Guillermo Prieto, habia cerrado el ciclo de la poesía puramente lírica en México. Entónces, no presumia yo que el ejemplo dado por el viejo poeta era seguido de muy cerca por un inspirado jóven mexicano, que con robusto aliento daba cima á otro trabajo épico, aunque en diversa forma y con diverso asunto que el *Romancero*.

Este jóven mexicano es Eduardo del Valle, ya ventajosamente conocido en el mundo de las letras, y su obra es "*Cuauhtemoc*," poema dividido en nueve cantos, con Introduccion é Invocacion, y escrita la primera en romance endecasílabo y lo demas en sonoras y correctas octavas reales, que fueron muy aplaudidas en el "Liceo Hidalgo" cuando su autor, que es miembro de esa corporacion literaria, les dió lectura en varias sesiones.

Al hablar del *Romancero*, hice notar, porque esto era indispensable, que la forma de esa especie de Epopeya cultivada por Prieto, era la natural, colectiva y democrática, aunque hecha por un solo individuo, lo cual le daba un carácter excepcional.

"La Epopeya entera de los once años de lucha por la Independencia, decia yo, se niega, á causa de su mismo carácter, á ser encerrada en un solo poema de limitadas dimensiones. Muchos de sus episodios y muchos de sus héroes sí se prestan admirablemente al poema individual, sujeto á las unidades clásicas. Pero abrazar el conjunto era imposible, bajo el imperio de estas reglas."

"Guillermo Prieto las dejó aparte, y deseoso de reunir en su obra todos los recuerdos heroicos de la insurreccion, como se enlazan en un hilo centenares de perlas, ó como se engarzan en una diadema puñados de diamantes, de rubíes y de zafiros, se ha limitado á conservar como unidad la narracion histórica, y como resorte constante el amor á la Patria, dividiendo su vasta coleccion en pequeños romances, como en el *Romancero del Cid* y el *Romancero de romances moriscos*, verdadera y legítima expresion de la poesía épica española."

"De manera que Prieto ha realizado, por la primera vez

quizás, una cosa que siempre pareció árdua y difícil, esto es, ha creado la epopeya artificial con todos los caracteres de epopeya natural, colectiva y democrática."

"Hasta aquí, ésta habia sido como un panal formado por muchas abejas. Pues en el *Romancero Nacional*, el gran poeta mexicano ha sido la única abeja constructora y surtidora de miel. Es sin duda alguna el primer ejemplo que se presenta de una obra literaria de ese género."

Ahora bien: Eduardo del Valle, tomando otro asunto, que por su naturaleza se prestaba á llenar las condiciones de unidad que se requieren en el poema épico, ha hecho el suyo, dotando con él ricamente á la Literatura Nacional.

La Poesía mexicana está, pues, de plácemes. A la Epopeya colectiva y democrática ha seguido la Epopeya individual, en ménos de un año, y al gran asunto de la guerra de Independencia, que es el objeto de aquella, ha sucedido el gran asunto de la Conquista de México, que es el objeto de ésta.

Los dos asuntos más altos y más grandiosos á que pueden dirigirse las miradas del poeta épico, dignos los dos de figurar al lado de la Iliada, de la Jerusalem y de los Edas, y capaces por sí solos de glorificar, tanto á la antigua como á la nueva nacionalidad mexicana.

Porque hablando con absoluta verdad, y juzgando con recto y sereno criterio, nada hay en nuestros recuerdos, nada existe en nuestros anales antiguos y modernos que constituya tanto un blasón de legítimo orgullo y de indisputable honor, como la heroica defensa de la antigua metrópoli azteca contra los españoles y sus aliados, en el siglo XVI, y como la guerra de Independencia á principios del presente, merced á la cual se sacudió el yugo de la dominacion española, y se formó la nueva nacion libre y soberana, que por una justicia del Destino, y como por acatamiento á la única ciudad que comprendió á la Patria, y supo representarla dignamente en los antiguos tiempos, ha sido denominada por la opinion universal con el nombre de *México*, teniendo á mucha honra los hijos de este país el llamarse *mexicanos* más bien que tlaxcaltecas, huexotzincas, tezcocanos ó neo-españoles.

He hablado largamente en el prólogo del *Romancero Nacional* del asunto de este y de su forma; voy ahora á decir unas cuantas palabras acerca del poema *Cuauhtemoc*, de su grandioso objeto y de su feliz y acertada ejecucion.

Ciertamente nada se prestaba á la concepcion épica, ántes de nuestra Independencia, como la defensa de México por

el último *tlacatecuhtli*, digno de parangonarse con los héroes más renombrados y más asombrosos de que haga mención la Historia, tanto en los tiempos pasados, como en nuestros días.

Por un fenómeno inconcebible, pero que se explica con el éxito de la Conquista, con la dominación española, que fué su consecuencia, durante largo tiempo, y con el hecho de haber escrito la historia de aquellos sucesos ó bien los mismos conquistadores ó sus parciales y compatriotas, aquella guerra de invasión se presentó como gloriosa solamente para España y sus soldados. No hubo en ella por entónces más héroes que Cortés y sus compañeros, á quienes la credulidad de los pueblos engañados se complacía en figurarse con los atributos maravillosos que la imaginación antigua concedía



á los semidioses, ó que la ilusa fantasía de la Edad Média daba á los engendros caballerescos que abortaban la superstición y la ignorancia.

Desde los primeros días de la conquista, lo vasto y rico del territorio poseído á tan poca costa, lo inesperado del éxito, la necesidad de mentir para coonestar horrendos crímenes y ganar fama en el viejo mundo, lo remoto de este país, la predisposición de los espíritus en Europa para creer fábulas, excitados, como estaban, con los descubrimientos en un mundo desconocido, y la insolente procacidad de los aventureros para abultar sus proezas y justificar su sed insensata de oro, único móvil de su conducta; todo esto, digo, fué parte para que se desnaturalizaran los hechos, y para que en el dominio de la tradición vulgar, oscurecido adrede, se alzaran ídolos falsos que nadie se atrevió á derribar.

Los indios de la brava tribu mexicana, únicos que hubieran podido protestar contra este tejido de exageraciones y de consejos, habían perecido heroicamente en la defensa de su ciudad, y sus miserables restos, ó vagaban errantes en las serranías, ó estaban reducidos al silencio y á la desesperación. Los indios de las numerosas tribus auxiliares del conquistador y

que habían sido testigos de los sucesos, no se atrevían en presencia de su aliado, convertido en terrible dominador, á desmentirlo, y, ó contribuían con alabanzas serviles á robustecer la fábula con tal de obtener una migaja de la triste gloria que habían ambicionado, ó envolvían en obstinado mutismo el despecho de que se sintieron devorados, tan luego como comprendieron que no habían hecho más que cambiar de tiranía, empeorando en situación.

De este modo, y por motivos tan diversos como eficaces, el conocimiento verdadero de los hechos fué perdiéndose poco á poco, la credulidad llegó á ser la clave del criterio, las narraciones de la conquista tuvieron mejor suerte que los libros de caballerías que infestaban la literatura europea, y la Leyenda acabó por suplantar á la Historia.

De aquí el que pasaran sin exámen de una edad á otra las ponderaciones más monstruosas, los incidentes más inverosímiles, las ficciones de combates, como por ejemplo los que se supusieron ántes de entrar Cortés en Tlaxcala, desmentidos despues por informaciones auténticas, autorizadas por el Consejo de Indias y por Felipe II, la conspiración de Cholula y la insensata exageración de la insignificante escaramuza, conocida despues con el pomposo nombre de batalla de Otumba, tan fabulosa, que se tuvo necesidad de acudir á la intervención del apóstol Santiago para hacerla pasable, aun en la misma leyenda.

De ahí también el que las glorias del sitio de México para los conquistadores tomaran proporciones colosales, lo que es verdaderamente pasmoso, pues del relato de los mismos actores interesados en realzar su mérito, se deduce claramente que no tuvieron ninguna, porque no ha sido glorioso jamás para ningún ejército fuerte de cerca de doscientos mil hombres, y armados muchos de ellos con armas de fuego, detenerse setenta y cinco días delante de una plaza pequeña, desprovista de elementos y defendida por un puñado de hombres armados de palos y de piedras. Más claro, no pudo haber gloria para el conquistador europeo, cuando apoyado en un ejército también europeo, armado con espadas de acero, escopetas y mosquetes, teniendo además cañones, pólvora y balas; contando con el auxilio espontáneo y entusiasta de todas las tribus guerreras del oriente y centro del antiguo Anáhuac, animadas por el odio de una rivalidad secular y en número de ciento ochenta mil hombres; dominando el lago, es decir, toda la parte oriental de la ciudad con una flotilla de trece bergantines; á pesar de todas estas ventajas, repito, se vió obligado á combatir durante setenta y cinco días con un pueblo pequeño armado de macanas y de palos, diezmado por el hambre y por la peste, y á quien, por último, no venció sino arrasando su ciudad palmo á palmo, para poder ocupar despues un montón de escombros y de cadáveres.

Si alguna gloria hubo que recoger en ese sitio, y hubo mucha, no fué para los sitiadores, sino para los sitiados, y si algún héroe se eleva grandioso y sublime en los anales de esa guerra, no fué ciertamente Cortés, á quien protegían los mismos Números extranjeros é indígenas, es decir, el fanatismo religioso y la codicia por una parte, y todas las Furias del odio local por otra; no fué Cortés acaudillando á diez ó más nacionalidades sublevadas contra una ciudad ántes dominado-

ra, y que no estaban unidas por la noción de la Patria, sino por el rencor contra la tribu victoriosa; fué sí Cuauhtemoc, el jóven general que encontró un poder moribundo quebrantado en su prestigio por la cobardía y la imbecilidad de Moteuczoma; que si recogió la macana victoriosa de Cuitláhuac, le recogió en el lecho de muerte de este gran jefe, herido por ese negro auxiliar de los españoles, la viruela, en medio del desaliento general; que tuvo que improvisarlo todo de nuevo, desde el patriotismo hasta la defensa; que llamó, en vano, á la puerta de todos los aliados y de todos los cohabitantes del territorio; que vió sin palidecer alzarse en su contra á mil pueblos enemigos, sedientos de venganza por agravios de que no era responsable; que midió la enorme superioridad de su enemigo y aun así lo esperó resuelto; que desafió todas las

calamidades del hambre y de la peste; que no consultó á la esperanza, sino al valor y al honor; y que hasta el último instante, abandonado del cielo y de la tierra, permaneció inquebrantable, firme, altivo, desdeñoso, así para las ofertas del enemigo, asombrado de tamaña grandeza, como para las amenazas del odio humillado y vengativo.

Éste sí es el héroe de la Conquista de México, y no confesarlo, indicaria, ó una parcialidad injustificable, ó una falta completa de sentido comun.

Verdad es: que la Conquista se consumó, y debe advertirse para que la palabra no tenga mayor extension que la merecida, que se trata de la conquista de la *ciudad de México*, no del territorio que hoy se conoce con el nombre de tal, porque la gran parte de él, poseida por los españoles hasta el sitio



El último emperador

de México, había sido entregada por los mismos indios y no conquistada por los españoles, y la que se poseyó después por éstos hasta formar lo que se llamó Nueva España, no fué conquista de Cortés exclusivamente, ni de su tiempo, ni tuvo glorias que ofrecer á los invasores.

Así es: que la *Conquista de México* debe entenderse "Ocupación de la ciudad de México," y no conquista de todo el territorio, como se ha comprendido hasta hoy, en el concepto vulgar, lo que no ha contribuido poco á dar á los aventureros españoles del siglo XVI un tamaño fabuloso.

Verdad es también que Cortés triunfó al fin, de los defensores de México, y logró con ello el éxito de su empresa; pero inútil es decir, que no todo éxito tiene gloria, ni todo triunfo es heroico. Y si se consintiera en este absurdo, los españoles deberían comenzar por borrar de su antigua historia como blasones de orgullo los nombres de Sagunto y de Numancia, y cuidado, que Anibal y Escipion no contaban con la ventajosa posición de Cortés en el sitio de México.

En hora buena que los criados de Cortés y de su familia, como Gomara y Alaman, ensalcen hasta las nubes las proezas del célebre aventurero, poniéndolas muy por encima de las de Cuauhtemoc y de sus mexicanos; que Ixtlilxochitl, tan servil y adulador como su antepasado el auxiliar de Cortés, haya pretendido doblar con sus mentiras el precio de la traición tetzcocana; que Solís haya querido convertir la fábula en Epopeya, revistiendo con la gracia de su estilo lo grosero de su urdimbre; que aun Prescott, el Solís yankee, contrariando su vocación que lo arrastraba al camino más franco de su compatriota Cooper, haya querido novelar la Historia, aceptando las consejas sin tomarse el trabajo de analizarlas; que la leyenda, por último, haya dominado por más ó ménos tiempo sin otros obstáculos que tímidas contradicciones; la verdad se hace lugar, al fin, y la justicia acaba por dar á cada uno lo que es suyo.

El mundo moderno sabe ya cómo han escrito la historia los antepasados del baron de Bazancourt, y conoce los resortes que hacen mover la pluma de los cronistas domésticos.

El criterio de nuestra época es más severo, y no acepta las afirmaciones de nadie sin someterlas á un procedimiento riguroso de exámen y de comprobación. Para ello, á veces no necesita ni de la aparición de nuevos documentos ó de datos ántes desconocidos. Bástanle para reconstruir los sucesos, los que tiene á la vista, los consagrados por la tradición, los mismos aceptados, como guía infalible por esos carneros de Pannurgo, que son los que se encargan siempre de perpetuar en el dominio de la opinión comun los errores, las supersticiones y los disparates.

Ahora bien: para formarse una idea verdadera de los hechos de la Conquista, bástanos solamente los documentos primitivos, esas mismas narraciones interesadas é incompletas, entre cuya maraña de contradicciones y de falsedades, podemos encontrar los cabos del hilo que nos conduzca al terreno de la certidumbre.

Estos documentos son los que nos han dejado algunos testigos y actores en la Conquista, como Cortés, Bernal Diaz del Castillo, Andrés de Tapia y otros, ó los misioneros enviados á Nueva España en los primeros tiempos, como Toribio

de Benavente (Motolinía) y Sahagun, ó á fines del siglo XVI y principios del XVII, como Acosta, Dávila, Mendieta y Torquemada, y algunos escritores indios como Duran, Tezozomoc é Ixtlilxochitl; y aunque es verdad que estos escritos se encuentran muchas veces en abierta contradicción unos con otros, como lo hace notar con tanta justicia uno de los hombres más versados en nuestra historia, el Sr. Bandellier, y lo han advertido también varios historiadores mexicanos de nuestro tiempo, es muy cierto que ellos suministran los datos suficientes para rectificar las opiniones antiguas.

Así: á medida que se estudia con mayor detenimiento y con mejor instinto de justicia esta colección de testimonios, se comprende fácilmente lo absurdo del concepto vulgar respecto del gran suceso de la Conquista de México. Aquilatan-do los hechos y juzgando á los actores por sus propias afirmaciones, la opinión acerca de Cortés cambia radicalmente. El héroe se desvanece en el proceso, y aparece en toda su desnudez, el bandido; un bandido astuto, audaz, mañero, á quien



La "Noche triste"

favoreció la fortuna y coronó el éxito, pero siempre un bandido. Y nada importa que obtuviese, merced á sus informes, y á la ofrenda de una colonia sometida por sorpresa, el título de marqués; porque eso no es raro; ni que se improvisara una riqueza colosal con el producto de sus rapiñas y con el despojo de los vencidos; porque era natural; ni que fuese ensalzado por plumas venales y adulado por la opinion engañada ó seducida; lo cual tampoco tiene nada de extraordinario.

La verdad es que la fortuna no es el heroísmo. Si lo fuera, tendríamos que convenir en que si Raousset de Boulbon en México y Walker en Centro-América hubiesen triunfado, serian más héroes que Cortés, porque al ménos ellos peleaban con armas iguales y no contaban con auxiliares numerosos en los países que invadian. Y no; Raousset y Walker fueron bandidos, no porque fracasaron, sino porque fueron bandidos. Los españoles mismos, en tiempo de la dominacion colonial, no quisieron llamar héroe á Lorencillo, y sin embargo, Lorencillo fué un pirata victorioso, y á fe, que más

arriesgado y más valiente que Cortés.

Y no se diga que el hecho mismo de haber introducido en estas comarcas la civilizacion europea es bastante para engrandecer al aventurero español, porque este hecho, que se debe á causas muy complejas y numerosas, entre las que figura la toma de México como principal, pero no como única, nada tiene que ver con el heroísmo. Cortés no fué tampoco el único conquistador. Prescott, el panegirista de Cortés, dice terminantemente: "*El Imperio indio, puede decirse, que fué conquistado por indios.*" Es la verdad. Tampoco puede alegarse que Cortés fué un libertador de los vasallos oprimidos de México, porque léjos de esto, los sujetó á nueva y más dura esclavitud, comenzando por herrarlos y acabando por convertirlos en ilotas. En todo caso, si algo se hizo para suavizar la triste suerte de los vencidos y de los subyugados, no fué hecho por los hombres de armas, sino por los frailes, por aquel Las Casas, por aquel Gante, por aquel Martin de Valencia, verdaderos padres de la civilizacion cristiana en aquellos tiempos oscuros. Así pues Hernan Cortés, fué un protegido de la fortuna, pero no fué un héroe. Veamos si lo fué Cuauhtemoc.

—“¿Pero qué cosa es un héroe?” se pregunta á sí mismo el gran orador mexicano Ignacio Ramírez, en su inimitable discurso del 16 de Septiembre de 1867. Y se responde: —“Es el hombre que sabe que el derecho de morir se compra con grandes servicios á la humanidad, y que el suicidio de Caton fué sublime porque nada le quedaba que hacer por la República; es el hombre que sabe que las naciones nacen en una victoria, y si sucumbe, es el satan que lucha todavía porque el Eden de las naciones es el progreso, y si la espada podrá abrirse paso burlando la tiranía del Destino. El hombre que así vive, cuando muere, perdiendo lo que tiene de finito, queda por sus obras como una manifestacion creciente de poder, de ciencia y de gloria, hasta recibir su apoteosis de la poesía y del agradecimiento de los pueblos.”

Ramírez quería retratar á Hidalgo, el creador de la nueva patria; pero retrató también á Cuauhtemoc, el defensor de la patria antigua.

En efecto: ¿qué mayor servicio prestado á la humanidad para comprar el derecho de morir, que el de defender á la patria tan valientemente, como lo hizo aquel sublime jóven general á quien Prescott califica de *feroz monarca*, pero á quien los griegos habrian consagrado un templo, así como los mexicanos le consagran una estatua.

Estúdiense su historia, conózcanse sus hechos en las cartas mismas de Cortés, en la narracion de Bernal Díaz, en el relato indio aunque mutilado de Sahagun, en el Proceso de Cortés, y se verá surgir de todo ese conjunto, sin esfuerzo ninguno, al héroe, al héroe por su valor y por su honor, al héroe sin mancilla, al que ántes que Bayardo y con más razon que éste, pudo ser llamado el *guerrero sin miedo y sin tacha*. Donde quiera que se ponen en parangon Cuauhtemoc y Cortés, el resplandor del héroe alumbra la bajeza del aventurero. En el sitio de México, en el tormento de Coyoacan, en el asesinato del caudillo mexicano, en todas partes Cuauhtemoc es el héroe, y Cortés el bandido. Diríase que el destino habia querido adrede poner en contraste la grandeza del ánimo he-



rórico con la pequeñez del miserable afortunado.

En el sitio de México, todo el heroísmo está de parte de Cuauhtemoc. Para convencerse de ello, no hay más que leer la tercera carta de Relacion de Cortés y la narracion de Bernal Díaz. Queriendo estos dos vencedores realzar sus propias hazañas, se vieron obligados á hacer el panegírico más completo de la grandeza del jefe vencido.

Nuestro Clavigero resume así la situacion de los sitiados: "Ya no tenian, dice, los españoles qué temer por la parte de tierra firme, y Cortés se hallaba con tan excesivo número de tropas, que hubiera podido emplear en el asedio de México más gente que la que Jerjes envió contra Grecia, si por causa de la situacion de aquella capital, no hubiese servido de embaraço más bien que de provecho tan gran muchedumbre de sitiadores. Los mexicanos, por el contrario, se hallaban abandonados por sus confederados y por sus súbditos, rodeados de enemigos y afligidos por el hambre. Tenia aquella desventurada corte contra sí, los españoles y el reino de Acolhuacan; las repúblicas de Tlaxcala, de Huexotzinco y de Cholula; casi todas las ciudades del valle de México; las numerosas naciones de Totonacas, Mixtecas, Otomites, Tlahuicas, Coahuixcos, Matlatzincas y otras, de modo, que además de los enemigos extranjeros, más de la mitad del imperio conspiraba contra su ruina, y la otra mitad la miraba con indiferencia."

Así fué cómo Cuauhtemoc se resolvió á defender su ciudad desamparada de todos. Él, se habia encargado del poder cuando éste se hallaba casi aniquilado, primero por la estupidéz de Motecuhzoma á quien el mismo Cuauhtemoc habia caracterizado muy bien llamándole, segun el relato de Sahagun, "*bardasa de los españoles*;" despues, por la muerte inesperada del valiente Cuitláhuac, y luego, por los manejos de una faccion intestina que trabajaba por la sumision; que era el partido de los Motecuhzomas, de los miedosos, de los que sólo defienden las buenas causas cuando éstas son fuertes.

Otro caudillo de ménos temple, y aun en situacion ménos angustiada, habria vacilado, á no ser que no hubiese medido el peligro que pesaba sobre él, ó que estuviera alentado por alguna esperanza, siquiera remota. Pero Cuauhtemoc no vaciló un instante, y con sus ojos de águila y su espíritu de patriota, habia contado á sus enemigos, habia interrogado el horizonte, y habia comprendido que no tenia esperanza. Hasta los oráculos sagrados estaban siendo desfavorables á México desde el tiempo del supersticioso Motecuhzoma.

Pero el jóven tlacatecuhtli no consultó más que á su valor, y más noble que Ajax, quiso salvar la dignidad de su pueblo solamente, aunque no su propia persona, *á pesar de los dioses*.

Todavía más: otros héroes han sido alentados por las miradas del mundo, por los aplausos de la historia. No pocos guerreros, al aceptar una grave situacion, han entrevisto la sonrisa de la gloria al través del infortunio pasajero. Cuauhtemotzin no contó con *galería* ninguna. Él apenas adivinaba la existencia del mundo europeo, y los aventureros españoles lo habian convencido de que este mundo le era hostil. No esperaba ya ni un jeroglífico glorioso en los anales de piedra de su nacion, porque estos anales, como la nacion misma, iban á reducirse á polvo en la desaparicion de la ciudad, y

las tribus enemigas eran bastante rencorosas y bárbaras para eternizar su recuerdo. Ignoraba que los aventureros europeos tuviesen historia; pero si lo llegó á suponer, esta historia iba á ser injusta con él, como lo fué en efecto.

Nada, ni esperanzas de auxilio, ni móviles de vanidad, ni el respeto de los vencedores; ni una estrella en el cielo, ni una señal en los altares; nada podia alentarle. En torno de él y de su ciudad, todo era odio, todo abandono; todo se veia oscuro, todo estaba callado; era la catástrofe extendiendo anticipadamente su negra tela de sombras.

No habia salvacion posible. Sí, una sola, como dice el poeta. . . ¡no esperar ninguna!

"Una salus sola, nullan sperare salutem."

Ese es el momento en que surgen los héroes, y Cuauhtemoc se alzó entónces, tan grandioso, tan único, que eclipsó á todos los héroes antiguos, y dominó con su figura aquel cuadro aterrador. "*Morir por la Patria*:" ese fué su lema desde entónces, y sintiéndose fuerte con tal resolucion, se decidió á no dar, ni á pedir cuartel á sus enemigos, como en efecto no lo dió, ni lo pidió, ni en el sitio, ni despues, ni prisionero delante de Cortés, ni más tarde en la hoguera, ni al pié del árbol en que fué ahorcado. . . ¡jamás!

El héroe fué completo. Aquiles el de la Iliada, hijo de la Fábula, tenia el talon vulnerable física y moralmente. Cuauhtemoc, más glorioso que el héroe homérico, porque como hijo de la realidad humana, tenia el cuerpo todo vulnerable, no presentó, sin embargo, en su carácter moral ni un ápice que pudiese ser herido por la burla ó por el desprecio.

En el sitio de México, toda la gloria de los combates pertenece de derecho á Cuauhtemoc y á su valiente tribu. Haberse defendido con ese puñado de guerreros, de mujeres y de ancianos, durante setenta y cinco días sin flaquear un solo instante, y al contrario, llegando hasta á producir desaliento en el jefe de aquel ejército sitiador numerosísimo, es de por sí un hecho admirable. Pero si se tiene en cuenta la situacion de los sitiados, la admiracion se convierte en asombro.

Cortés dice, hablando de los últimos dias del asedio: "Y como en estos conciertos se pasaron más de cinco horas, y los de la Ciudad estaban todos encima de los muertos, y otros en el Agua, y otros andaban nadando, y otros ahogándose en aquel Lago, donde estaban las Canoas, que era grande: era tanta la pena que tenian, que no bastaba juicio á pensar, como lo podrian sufrir," etc. y más adelante, "y así por aquellas Calles en que estaban, hallábamos los montones de los muertos, que no habia Persona, que en otra cosa pudiese poner los pies."

Y Bernal Díaz: "y es verdad y juro amén, que toda la laguna y casas, y barbacoas estaban llenas de cuerpos y cabezas de hombres muertos, que yo no sé de que manera lo escriba. Pues en las calles, y en los mismos patios del Tatlulco, no avia otras cosas, y no podiamos andar sino entre cuerpos y cabezas de indios muertos. Yo he leído la destruicion de Jersusalem; mas si en ella hubo tanta mortandad como esta, yo no lo sé."

Y Sahagun: "Estaban los tristes mexicanos hombres y mu-

heridos, niños y niñas, viejos y viejas, heridos y enfermos en un lugar bien estrecho y bien apretados los unos con los otros, y con grandísima falta de bastimentos, y al calor del sol, y al frío de la noche, y cada hora esperando la muerte. No tenían agua dulce para beber, ni pan de ninguna manera para comer, bebían de la agua salada y hedionda, comían ratones y lagartijas, y cortezas de árboles, y otras cosas no comestibles, y desta causa enfermaron muchos y murieron muchos, y de los niños no quedó nadie, que los mismos madres y padres los comían (que era gran lástima de ver y mayormente de sufrir) peleando el día y la noche donde hubo muchos reencuentros y celadas, y murieron muchos de ambas partes, así indios como españoles.”

Pero Cuauhtemoc, que habia dicho desde el principio del



sitio, según refiere Bernal Díaz: “Pues así queréis que sea, guardad mucho el maíz y bastimentos que tenemos, y muramos todos peleando; y desde aquí adelante ninguno sea osado á me demandar paces, si no yo le mataré,” llevó á cabo su propósito, aun más allá de lo que podia exigirse de él. En la situación espantosa á que habia llegado la ciudad, rodeado de escombros y de muertos, con una guarnición devorada por el hambre, por la sed y por la peste, estrechado por todas partes, combatiendo día y noche, no cedía un palmo, si no era convertido en ruinas; y reducido al último extremo, aun contestaba á las constantes ofertas de paz que le hacia Cortés, con su constante y fiera respuesta “que ántes queria morir.”

En efecto, buscó la muerte por todas partes, al frente de sus guerreros desfallecidos, y cuando no tuvo ya compañeros, y procurando salir de la ciudad para organizar la resistencia, como pudiera, tal vez en las montañas, tal vez en los desiertos, adonde quiera que hubiese un refugio y un grupo de hombres de honor, fué cogido prisionero por Holguin, y presentado á Cortés, no pidió favor, no se mostró abatido, ni suplicante, presentóse sí con una altivez, con un valor y con una dignidad que no tienen modelo.

“Y díjome en su lengua, refiere Cortés, —Que ya él habia hecho todo, lo que de su parte era obligado para defenderse á sí, y á los suyos, hasta venir en aquel estado: que ahora ficiese de él lo que yo quisiera; y puso la mano en un puñal que yo tenía, dicién-

dome, que le diese de puñaladas y le matase;” palabras de sublime heroísmo, que solo el mentecato cardenal Lorenzana ha podido calificar de otro modo, aunque á renglón seguido dice que probaban el *grande valor* del caudillo.

Pero lo demás, este *grande valor* ya habia sido reconocido y confesado por Cortés, ante el mismo Cuauhtemoc. Dice Bernal Díaz, después de haber repetido las mismas palabras que acaban de transcribirse:— “y Cortés le respondió con Doña Marina y Aguilar nuestras lenguas: y dixo muy amorosamente, que *por haber sido tan valiente* y aver vuelto y defendido su ciudad, se lo tenía en mucho, y tenía en más á su persona, y que no es digno de culpa ninguna, e que antes se lo ha de tener á bien, que á mal;” palabras que habrían ennoblecido algo el carácter del vencedor, si éste, á pocos días, no hubiese dado tormento á su heroico prisionero, quemándole los pies para arrancarle oro. Si lo hubiera matado, habria sido simplemente cruel, como otros muchos vencedores; torturándolo para robarlo, reveló, que sus alardes de guerrero y de político, no eran más que una máscara con que se cubria el foragido.

¿Qué más que él habrían podido hacer en nuestro tiempo sus compatriotas Cobos, Villa y los plagiarios de Cervantes que expiaron sus crímenes en un patíbulo?

Cuando se considera esta conducta de una vileza repugnante, se comprende la justicia con que el gran poeta Enrique Heine califica á Hernán Cortés, cuando dice:

“En su cabeza llevaba el laurel, y en sus botas brillaban espuelas de oro. Y sin embargo, no era un héroe, ni era tampoco un caballero.

“No era más que un capitán de bandoleros, que con su insolente mano inscribió en el libro de la fama su nombre insolente: ¡Cortés!”

Tal fué, pues, la defensa de la antigua México en el siglo XVI, y tal fué el héroe que asumió la responsabilidad de ella. Calificándola una gran autoridad contemporánea, el historiador Bandellier, en un libro reciente, dice: “*Los Mexicanos, durante esta memorable defensa*, llevaron á cabo lo más que ninguna tribu india pudo hacer hasta la centuria décimasexta. Su resistencia, bajo este respecto *no tiene igual (stands unpara-lleled)*.”

Lo singular es, debemos repetirlo todavía, que siendo así, todas las alabanzas hayan sido por mucho tiempo tributadas á Hernán Cortés, dejando en la oscuridad y en el olvido al héroe verdadero de aquella guerra: á Cuauhtemoc.

Pero ha llegado ya la hora de la justicia histórica, y la Poesía misma, inspirándose en ella, comienza á iluminar con los esplendores del arte, aquella noble figura de la antigua Patria, que nos envidiarían las naciones más orgullosas del mundo moderno.

El poeta Eduardo del Valle ha sido uno de los primeros mexicanos que han consagrado su talento y su inspiración á reivindicar la verdad, en los sucesos de la Conquista, y el primero que ha templado su lira para cantar exclusivamente las hazañas del joven caudillo, que alumbró con su gloria, como un sol moribundo, la ruina de la México india.

Otro poeta, también mexicano y cuyo nombre es muy estimado en nuestra Literatura, José María Rodríguez y Cos,

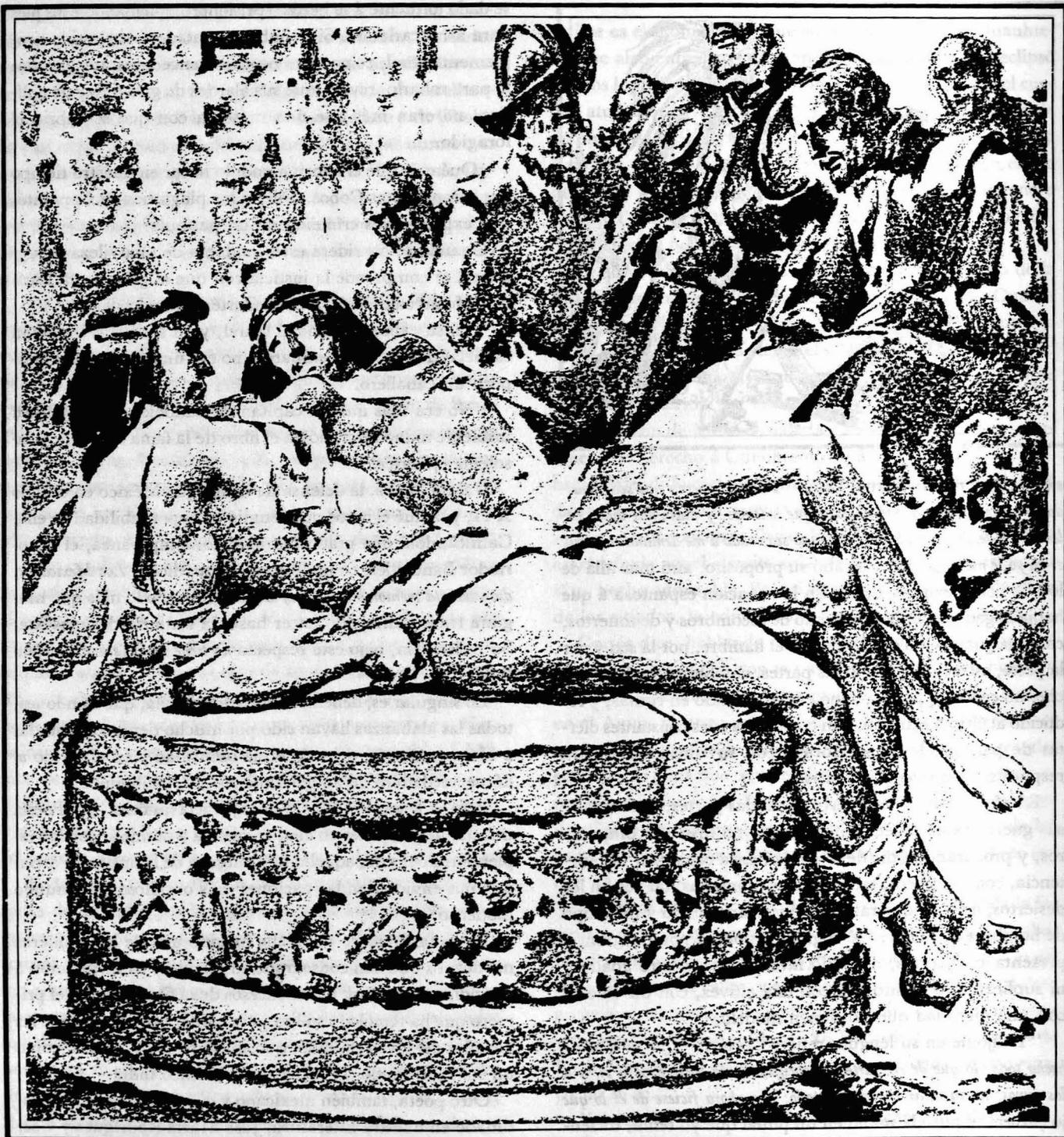
había precedido á Valle en la tarea poética de cantar los hechos de la Conquista; pero su poema "El Anáhuac" abrazaba mayor extension, y por consiguiente, obedecía á unidades de plan diversas. Además, á semejanza del "Moro Expósito" del duque de Rivas, "El Anáhuac" está escrito en romance endecasílabo asonantado, en el que se notan, por cierto, muchos trozos bellísimos.

Esto, en cuanto á la forma; en cuanto al fondo, tambien á semejanza del "Moro Expósito", "El Anáhuac" tiene una trama romanésca que le sirve precisamente de unidad de accion. De modo, que no es rigurosamente un poema heróico, ó mejor dicho, el heroísmo no es su objeto exclusivo.

El poema de Valle sí es una verdadera Epopeya, y tiene de particular que está apegado exactamente á la Historia, lo

que no impide que tenga todas las galas y encantos de la poesía; la robustez de entonacion, la belleza y novedad de los cuadros, los retratos acabados de los personajes, el interes del relato que se aviva con la gravedad de las transiciones y lo importante de las peripecias. En fin, la narracion épica palpita, como en el Canto antiguo, y suspende y embarga el ánimo de los oyentes y de los lectores, pendientes del sentido de la octava real, siempre fácil, clara, castiza, sonora, sin construcciones abstrusas, sin consonantes desagradables, sin esos escollos de lenguaje ó de prosodia que distraen la atencion del menos crítico. Hemos dicho que el poema está apegado á la Historia, y esta es una singularidad que parecerá á algunos extraña, cuando no la tengan por defecto.

Pues bien: sí, aquí se realiza un fenómeno literario digno



Suplicio de Cuauhtémoc y Tlepanquetzal

de notarse. Lo general ha sido que la Historia se funde en los hechos, y la Epopeya en la leyenda.

Y en lo relativo á la Conquista de México, ha sucedido que la Historia se ha fundado en la Leyenda por las razones que hemos expuesto al principio, y el poema de Valle es el que se funda en los hechos mejor comprobados. Así lo ha querido el poeta, y ha hecho bien. Su obra es una revindicacion, al mismo tiempo que un monumento de arte. Para ensalzar á su héroe, buscaba y queria la verdad, ya que los cantores de Cortés: Saavedra, Guzman, Ruiz de Leon y aun D. Nicolás Moratin, buscaron para sus pobres poemas el turbio manantial de las falsedades y de los cuentos. El "*Cuauhtemoc*" es, pues, un poema apoyado en la verdad. ¿Esto le quita su carácter heróico? De ninguna manera.

Los que creen que la era de los poemas épicos ha concluido desde que acabaron la Leyenda y la Fábula, y que no son posibles, en lo futuro, más que los poemas históricos, son más doctrinarios que críticos. Ciertamente no pueden invocar como razon más que los preceptos aristotélicos fundados en la Iliada, y que desde el tiempo del filósofo de Estagira, convertido en legislador literario, están sirviendo de norma infalible. Pero Voltaire, otro legislador del buen gusto, ha probado hasta la saciedad en su famoso *Ensayo sobre la Poesía Épica*, que esos preceptos han sido violados en los más célebres poemas épicos modernos, y esto nos excusa de probar que semejante doctrina no es un credo infalible en literatura, fuera del cual no haya salvacion.

En efecto, para convencerse de la fragilidad de aquel cónon, no hay más que preguntarse:— ¿Pues, acaso el heroísmo, el verdadero, el incontestable, el que es útil, por su enseñanza á la humanidad, el que sirve por su verdad á la poesía, no existe en la Historia, y hay que buscarlo sólo en la Fábula? ¿Qué afrenta seria esa para la virtud humana, y qué absurdo en Historia y en Filosofía que están desmintiendo los anales de los pueblos antiguos y modernos, que bastaria para contradecir la historia comprobada del sitio de México! Cuauhtemoc existió sin necesidad de la Mitología, y sin necesidad de la Leyenda. Fué un tipo esencialmente humano, y por fortuna nuestra, esencialmente mexicano. Parece inverosímil despues de tres siglos, y comparado, por ejemplo, con nuestros hombres de 1847; pero se presenta más real cuando se le ve reproducido en el gran Morelos, nuestro contemporáneo, más afortunado que él, y cuya gloriosa salida del sitio de Cuautla no ha sido imitada todavía ni en Europa ni en América.

Sobre todo, su existencia y sus hechos no son ficciones legendarias; están apoyados en los forzados testimonios de sus enemigos y en los hechos cuya sombra llega hasta nosotros. No es un héroe del Ariosto, hijo del sueño, ni un héroe de Milton, hijo de la Fe; *es un hombre*, en toda la extension que Shakespeare quiso dar á esta palabra designando al héroe romano.

Así es: que el poema de Valle es heróico sin ser legendario, y precisamente porque no se apoya más que en la verdad.

Puede imputársele tal vez el que no necesite de *la intervencion de lo maravilloso*. Este es otro cónon aristotélico, que ha sido derrumbado desde la antigüedad.

Y Valle, ¿cómo pudo usarlo? Las divinidades no se prestan ya en la imaginacion moderna para embellecer la accion épica, so pena de convertirse en caricaturas. Sólo Parny ha podido ponerlas en juego para burlarse de ellas, como lo hizo Luciano con las paganas; pero el Santiago de Solís causa risa, y los dioses aztecas intimidando á Motecuhzoma no producen más que la repulsion de la cobardía; la vision del inca en la Victoria de Junin, es una transaccion feliz, pero pálida é innecesaria, con el precepto clásico. ¡Los dioses se han ido tambien de la Epopeya en los tiempos modernos!

Como consecuencia de la gran evolucion que se ha verificado en el espíritu humano, las ideas antiguas sobre estética en Literatura han debido modificarse, como se han modificado de hecho. Hoy no convence sino lo cierto; y como no es bello sino lo verdadero, la belleza no nace sino de la verdad. La alegoría misma no vive ya, sino arraigada en la ciencia, y el símbolo no es popular, sino cuando refleja la conciencia humana. La intervencion de lo maravilloso es inútil en la Epopeya moderna; puesto que ni el patriotismo ni el valor arraigan ya en los fantasmas del espacio, ni en los ensueños de la imaginacion, sino en las realidades de la vida; en la tierra natal, en el amor de la familia, en los intereses del comercio, en el orgullo de la patria, en el amor á la libertad.

Una palabra para concluir:

¿La aparicion de este poema *Cuauhtemoc*, significaria acaso la resurreccion de esos odios exaltados é intencionados que estallaron en 1810 contra los horrores de la Conquista y que dieron por resultado la Independencia de México?

De ninguna manera: Este poema no significa más que el amor al arte y el deseo de realzar las glorias de la Patria antigua. Hay en aquellos anales un asunto heróico, y se aprovecha, con orgullo de poeta y de patriota, pero sin proyecto hostil á la nacion que por tres siglos dominó á México. Bastante tiempo tuvieron en sus manos la lira los partidarios del antiguo régimen; que toleren el plectro manejado por la mano de los hombres libres.

Por lo demas, esto no contradice nuestro afecto fraternal á España. Amamos á España, no por Hernan Cortés y su cuadrilla de aventureros audaces y afortunados, que conquistaron á México, pero que esclavizaron á su pueblo; sino por el recuerdo de Bartolomé de Las Casas, de Pedro de Gante, de Martin de Valencia, de Vasco de Quiroga, de los benefactores, de los misioneros, de los protectores del vencido, de los buenos, en la antigüedad; y de Javier Mina, que vino á redimir con su bendita sangre los crímenes de la Conquista y que murió por nuestras libertades; de Rafael del Riego, que con su glorioso movimiento contribuyó de un modo indirecto á darnos patria, y de Juan Prim, que desdeñando con su carácter altivo, desempeñar el papel de Barradas, no quiso prestar ayuda á la infamia de la intervencion. Esos son los hombres que nos hacen amar al pueblo moderno; esos son los legítimos lazos de parentesco que nos unen á España. Sobre todo, el lema de los mexicanos es el que dejó el gran Morelos, cuando dijo en Acapulco, al recibir el castillo rendido por el gobernador español: "*¡Viva España hermana; no dominadora de América!*" ♦

